

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

*Tema: Aprender a orar como David –
Salmo 86
(13 días)*

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
© Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Día 1

Salmo 86:1-17

En el Salmo 86 encontramos a David en una situación de impotencia. Pero se aferra a las buenas intenciones de Dios para su vida. Esto le alienta a expresar ante Dios sus dificultades y todo lo que le infunde temor. Al mismo tiempo describe quien es Dios para él y cómo es Dios, lo que hace y lo que promete. Para nuestras oraciones puede ser un estímulo recordar la naturaleza y las cualidades de Dios, así como la forma en que nos ha acompañado y guiado personalmente. A quienes han conocido a Dios en su grandeza, amor y misericordia, les resulta más fácil invocarlo con plena confianza y seguridad.

“Una oración de David”, así se titula el Salmo 86. Se aprende a orar de los que oran. A veces no nos sentimos en condiciones para orar. A veces nos sentimos acosados y nos vemos en la línea de fuego del enemigo. O creemos que no tenemos tiempo para orar. A veces estamos deprimidos porque hemos olvidado lo único que es nuestro Dios que aún hoy puede hacer milagros y colmarnos con su amor. A veces, la duda se apodera de nuestro corazón: ¿Se me permite siquiera orar así: haz esto o aquello, ábreme la puerta, sálvame, alégrame, enséñame ...? ¡Precisamente esto hace David! (vs.1-11; comp. Jer. 33:3; Mt. 7:7-11; Fil. 4:6,7).

En el Salmo 86 vemos que la vida cotidiana de David estaba llena de problemas. Pero con todo esto se dirigía a Dios. Lo especial de su oración son las razones, que dejan claro, por qué a David se le permite expresar tales ruegos a Dios. Repetidas veces encontramos la pequeña palabra “porque”, con la que subraya sus peticiones. Varias veces se detiene en sus súplicas, vuelve su mirada al incomparable Dios y le adora (por ejemplo vs.12,13). Entonces puede continuar expresando sus peticiones con confianza ante Dios.



Día 2

Salmos 86:1; 17:6,7

Como un niño le pide a su padre que se incline hacia él cuando le quiere susurrar algo al oído, así pide David a su Dios: “¡Inclina, Señor, tu oído y escúchame!” (comp. Sal. 25:16; 71:1-7). No siempre son cosas trascendentales las que tenemos en el corazón. A menudo se refieren a nuestra vida diaria, nuestra familia o nuestros amigos. Pero a veces pueden ser existenciales, cuando de repente nos llegan noticias que nos afectan profundamente.

David es consciente que está hablando con el Creador de todo el cosmos, cuando dice: “No hay, Señor, entre los dioses otro como tú, ni hay obras semejantes a las tuyas” (v.8 NVI). Nos cuesta comprender que este Señor se ocupe de nuestros asuntos. Pero eso es precisamente lo que nos promete la Palabra de Dios. “El que hizo el oído, ¿no oírás?” (Sal. 94:9a; comp. Sal. 34:15-19; 116:1,2; 2.R. 19:16-20; Dn. 9:17-23)

James Hudson Taylor, misionero pionero en China, recomendó a sus oyentes en una situación muy difícil: “Echemos todas nuestras cargas, por numerosas y pesadas que sean, sobre nuestro Padre todopoderoso, omnisciente y amoroso. Para Él son livianas como una pluma”.

David justifica su clamor con la sensación de su miserable y lamentable estado. Los pobres y necesitados no tienen un lugar de aceptación en nuestra sociedad. Ellos no están entre las personas más respetadas y a menudo no son deseadas. Por lo general, se les presta poca atención y se les ignora. Sin embargo, David menciona este estado como primera razón para acudir a Dios con su petición.

Recordamos la primer bienaventuranza que Jesús expresa: “Dichosos los pobres en espíritu, porque el reino de los cielos les pertenece” (Mt. 5:3 NVI). Entonces precisamente los pobres y necesitados pueden dirigirse a Jesús. ¡Él tiene un oído abierto para ellos!



Día 3

Salmos 86:1; 34:6

David debió de encontrarse en una situación desesperada, sin poder recurrir ni a su estatus ni a la ayuda humana. Admitió abiertamente su carencia. Solo podía esperar ayuda de Dios. Cuando sentimos nuestras propias debilidades, nuestras carencias, nuestra insignificancia y nuestra indigencia, estamos muy afligidos. Pero son precisamente esas profundidades las que abren el camino hacia Dios. “Y a mí, pobre y necesitado, quiera el Señor tomarme en cuenta. Tú eres mi socorro y mi libertador; ¡no te tardes, Dios mío!” (Sal. 40:17 NVI; lea Sal. 10:12-14; 72:12,13; 74:21). El clamor de los afligidos llega al oído de Dios. “El deseo de los humildes oíste, oh Jehová; tú dispones su corazón, y haces atento tu oído” (Sal. 10:17).

Cuando Dios eligió a *Moisés* como líder de Israel, le dijo: “Bien he visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto, y he oído su clamor a causa de sus exactores; pues he conocido sus angustias, y he descendido para librarlos ...” (Éx. 3:7,8a). Nuestro Dios no pierde de vista a Sus hijos en su angustia, especialmente cuando son burlados y oprimidos por causa de su nombre y corren peligro de perder la vida. “¿Quién como tú, Señor? Tú libras de los poderosos a los pobres; a los pobres y necesitados libras de aquellos que los explotan” (Sal. 35:10b NVI; comp. Sal. 109:21,22).

Pablo también conoce un estado miserable en otro sentido: “¡Miserable de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro” (Ro. 7:24,25). “En este grito lanzado desde lo más profundo de la amargura del autoconocimiento, es precisamente donde comienza la ayuda. Aquí ya no se presenta nada más, la desnuda necesidad se abre paso. ¿Pero no tiene precisamente la oración de angustia una promesa especial?” (H. Krimmer, lea Sal. 50:15).



Día 4

Salmos 86:2; 37:28

David se acerca a Dios con otra petición: “Guarda mi alma” (RV), “Presérvame la vida” (NVI; comp. Sal. 25:20; 59:2). Su vida parece estar gravemente amenazada. Con un argumento apela la intervención de Dios: “pues te soy fiel” (NVI). David no se basa en ningún derecho, en sus propios méritos o en su reverencia hacia Dios. Dice con naturalidad: “¡te pertenezco, tú eres mi Dios! ¡soy tuyo y tú eres mío! Por eso sé que puedo pedirte protección y salvación”.

Dios se preocupa también hoy por la protección de sus hijos que confían en Él. “El Señor es refugio de los oprimidos; es su baluarte en momentos de angustia. En ti confían los que conocen tu nombre, porque tú, Señor, jamás abandonas a los que te buscan” (Sal. 9:9,10 NVI; comp. Sal. 59:16,17; 97:10; Jer. 15:20,21; Dn. 3:28; 6:23).

La petición de protección no solo se refiere a la ayuda en situaciones de necesidad y tribulación externas, sino, ante todo, a la preservación de la comunión con Dios. Precisamente nuestra relación personal con el Señor es especialmente vulnerable. Es tan valiosa que el enemigo hace todo lo posible por sabotearla. Las maniobras de interferencia pueden ser muy diferentes. A veces son los pensamientos que nos ocupan ya temprano por la mañana, los desafíos de la vida diaria, las ofertas interesantes que llegan a la casa a través de los medios de comunicación, o las citas aparentemente muy importantes, que no dejan tiempo para tener comunión con Jesús. Es importante examinarlo todo y establecer prioridades. No estamos indefensos ante las seducciones del adversario. Solo es necesario nuestra petición: “Guárdame, oh Dios, porque en ti he confiado” (Sal. 16:1; lea 2.Ts. 3:3; 2.Ti. 1.12; Jud.24,25).



Día 5

Salmos 86:3,16; 57:1-3

“Señor, ten compasión de mí, que a ti clamo a todas horas. ... Mírame, ¡ten compasión de mí!” (Dios habla hoy) David expresa dos veces este ruego. No conocemos la razón de sus repetidas peticiones. ¿Se enfrentaba a una injusticia, a un fracaso? En Salmo 41:4 ora: “Señor, ten misericordia de mí; sana mi alma, porque contra ti he pecado” (trad.libre; lea Sal. 51:1-4a; 130:1-8). David dependía de la gracia de Dios y sabía que podía recurrir a esta gracia de Dios hora tras hora, para presentarse como su siervo.

Esta gracia no se puede conseguir por logros. Es el amor incondicional de Dios, su fidelidad y disposición de perdonar, que es con lo que Él se acerca a nosotros. Ella es el fundamento de nuestra salvación. La gracia está presente y podemos reclamarla cada día para nosotros. El camino hacia el trono de la gracia está abierto para nosotros en todo momento, “para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (He. 4:16; lea Sal. 85:6,7; 90:14; Is. 54:10; 63:7).

David no dice: Como hombre muy ocupado con una gran responsabilidad no encuentro tiempo para orar. Su día está saturado de oración: “A ti clamo todo el día”.

El político Horst Waffenschmidt acuñó la frase: “Quien ora, conecta sus posibilidades limitadas con las ilimitadas posibilidades de Dios”. Quien relaciona sus escasos medios y capacidades con el potencial inagotable de Dios, sienta la base para los milagros.

Como David, tenemos el privilegio de estar en comunión ininterrumpida con Dios. Antes de encuentros explosivos, durante citas urgentes, al tomar decisiones elementales y también en las horas más tranquilas de la noche, podemos ponernos en contacto con Jesús y expresar la petición: “¡Señor, ten misericordia de mí!” (Lea Sal. 143:8; 103:11; 2.Co. 12:9.)



Día 6

Salmos 86:4,5; 90:15-17

David anhela momentos que dejen su corazón suspirar aliviado. Por eso se dirige confiadamente con su petición a Dios: “Alegra el alma de tu siervo, porque a ti, oh Señor, levanto mi alma”. Todo lo que lo confunde y lo perturba, expone con franqueza a su Dios: “A ti, Señor, levanto mi alma”. En su oración de arrepentimiento, David lo expresa así: “Déjame escuchar algo reconfortante y experimentar alegría, para que pueda florecer. ... No mires más los pecados que he cometido, sino borra toda mi culpa” (Sal. 51:8,9 trad.libre). Sea cual sea la causa de nuestro desánimo, Dios puede quitarlo y hacernos felices de nuevo.

En su posición de responsabilidad, David no podía mostrarse ante los que le rodeaban con un rostro preocupado. Él debía transmitir aliento y no agitación ni tensión. Sin duda, tenía que llevar muchas cargas, resolver problemas, afrontar contratiempos y decepciones. Pero se volvió a Dios y le pidió: “¡Alégrame!” Su experiencia con la intervención de Dios se resume con las siguientes palabras: “Has cambiado en danzas mis lamentos; me has quitado el luto y me has vestido de fiesta. Por eso, Señor y Dios, no puedo quedarme en silencio, ¡te cantaré himnos de alabanza y siempre te daré gracias!” (Sal. 30:11,12 Dhh).

La oración honesta levanta a los abatidos y abre nuevas perspectivas. Esta es también la experiencia de David cuando dice: “Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan”. Dios es bueno con nosotros. Siempre encuentra la manera de aliviar la carga del alma e iluminar la oscuridad. Así podemos volver a respirar y alegrarnos. (Lea Sal. 18:28; Is. 8:23a; 9:1; 61:1-3.)

“Si tu día está rodeado de oración, no se deshilará tan fácilmente” (G. Graham Tchividjian).



Día 7

Salmo 86:4,5; Isaías 40:18-28

¿Somos conscientes del privilegio de no tener que arrodillarnos ante ídolos muertos? No debemos llevarles sacrificios para apaciguar su ira, y esperar en vano su ayuda. ¡Podemos acudir directamente al Dios viviente!

El autor del Salmo 115 describe a Dios de la siguiente manera: “Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca. Pero sus ídolos son de oro y plata, producto de manos humanas. Tienen boca, pero no pueden hablar; ojos, pero no pueden ver; tienen oídos, pero no pueden oír; nariz, pero no pueden oler; tienen manos, pero no pueden palpar; pies, pero no pueden andar; ¡ni un solo sonido emite su garganta! ... Los que temen al Señor, confíen en él; él es su ayuda y su escudo” (Sal. 115:3-7,11 NVI; lea 1.R. 18:21-30).

David ora: “Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan” (Sal. 86:5). Cuanto más tiempo seguimos a Jesús, más nos damos cuenta cuánto perdón necesitamos, y de las graves consecuencias, de simplemente ignorar la culpa.

Isaías confesó: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios ... “. Dios escuchó su confesión: “Y voló hacia mí uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido, tomado del altar con unas tenazas; y tocando con él sobre mi boca, dijo: He aquí que esto tocó tus labios, y es quitada tu culpa, y limpio tu pecado” (Is. 6:5a,6,7). ¡Nuestro Dios es amplio en perdonar! (Is. 55:7; lea 1.Jn. 2:1,2).

Nos debemos mutuamente una conciencia tranquila, una vida libre de carga de pecados. De lo contrario no podremos ser una bendición el uno para el otro. Dios está dispuesto a perdonar a todos los que lo invocan. No hay otro requisito previo, solo uno: acudir a Él.



Día 8

Salmos 86:6,7; 61:1-4

“Presta oído, Señor, a mi oración; atiende a la voz de mi clamor. En el día de mi angustia te invoco, porque tú me respondes”. Al comienzo del salmo David dijo: “¡Señor, ... escúchame!” Al final del versículo 7 justifica su clamor con las palabras: “Porque tú me respondes”. Todas las oraciones no tendrían sentido, si no supiéramos: Dios escucha mi oración. Cada oración respondida fortalece nuestra confianza en Dios. (Lea Sal. 66:19,20; 145:18,19).

Bajo el título: “*Quien ora, cambia – empecemos*”, un director de misión* escribe: “Arrodillado sobre tierra roja, 3000 metros de altura en los Andes, o en secreto, para que la policía moral no se dé cuenta. En mi trabajo me encuentro con personas de muchos países, que tienen algo en común: orar es completamente diario para ellas. Grandes necesidades los impulsan a la oración, que al mismo tiempo es una expresión de su fe viva. Su alegría al pasar tiempo con Dios y su profunda conciencia de la necesidad son un gran ejemplo para mí. Deseo un avivamiento de la oración entre nosotros, los cristianos, un despertar de los orantes”.

Todos conocemos días agitados, acontecimientos que nos dejan sin palabras y nos entristecen, preocupaciones que nos inquietan. Por muy conmovidos que estemos, podemos orar confiadamente: “tú me respondes”. “El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma” (Sal. 138:3; comp. 2.Cr. 33:10-13). ¡Contemos hoy con la acción de Dios!

El rey Asa es un ejemplo para nosotros. Cuando Zera, el rey cusita marchó contra Israel con un ejército de un millón de soldados, clamó a Dios: “Señor, sólo tú puedes ayudar al débil y al poderoso. ¡Ayúdanos, Señor y Dios nuestro, porque en ti confiamos, y en tu nombre hemos venido contra esta multitud! ¡Tú, Señor, eres nuestro Dios!” Dios intervino de manera maravillosa; asustó al ejército enemigo de modo que todos huyeron. (Lea 2.Cr. 14:8-14; comp. Sal.91:15.)

*T. Köhler Coworkers: www.coworkers.de/gebet.



Día 9

Salmo 86:8-10; Deuteronomio 33:26,27

David no se detiene en sí mismo y en su situación. Abrumado por la grandeza de Dios, exclama: “Oh Señor, ninguno hay como tú entre los dioses, ni obras que igualen tus obras. ... Porque tú eres grande y hacedor de maravillas; sólo tú eres Dios” (vs.8,10). Las súplicas de David se transforman en adoración. El Señor único e incomparable está ante su ojo interior. Hacia Él puede acudir con todas sus preocupaciones. Para su Dios, nada es demasiado grande ni demasiado complicado como para que no haya una solución viable para sus necesidades. David adquiere una nueva perspectiva sobre los problemas actuales y una visión del futuro que amplía sus horizontes: “Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre” (v.9; lea Éx. 15:11-18; Jer. 10:6,7).

Mientras David aún estaba ocupado con los diversos ataques y resistencias, y los convertía en peticiones, Dios se le reveló en su gloria. El Señor lo sorprendió con su acción. No hay obras “que igualen tus obras. ... Tú eres grande y hacedor de maravillas; solo tú eres Dios” (Lea Sal. 92:1-5.)

Sea lo que sea lo que tengamos en el corazón, independientemente de cómo nos sintamos al orar, ¡cuando invocamos a Jesús, lo encontramos! Él mismo conoce nuestras necesidades y las satisfará según su sabiduría y amor por nosotros. A Él le pertenecen nuestro ayer, nuestro hoy y nuestro futuro con todas las preguntas. Nuestra vida está en las manos de Dios. Qué liberador es ver las cosas de la vida desde este punto de vista. No estamos solos. ¡El único, incomparable, hacedor de maravillas, el gobernante de todos los acontecimientos mundiales es mi Dios, que me escucha y actúa por mí! (Lea 1.S. 2:1-3; Sal. 77:14-21.)



Día 10

Salmo 86:9-11; Job 9:10

Gracias a su confianza, David experimentó la intervención de Dios de manera milagrosa. Esto le llevó a decirle a su Señor: “Tú eres grande, y hacedor de maravillas; sólo tú eres Dios”. El gobernante soberano no tiene comparación. Él hace cosas extraordinarias que causan asombro. Él está por encima de todo lo que ha creado. David mismo experimentó innumerables milagros de salvación (lea Sal. 9:1; 26:7).

Nosotros vemos los milagros de Dios en la creación (Sal. 139:14). La historia de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob muestra innumerables milagros. Durante la liberación de Egipto, los cuarenta años en el desierto y la conquista de la tierra prometida los israelitas experimentaron milagros tras milagros. (Lea Éx. 3:20; 34:10; Jos. 3:5; Sal. 44:1.) El mayor milagro que Dios ha hecho por nosotros es su obra redentora en la cruz del Calvario. Hasta el día de hoy la invitación de Jesús sigue vigente: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mt. 11:28 NVI).

En numerosas biografías podemos leer historias milagrosas de personas que han experimentado la guía de Dios. Algunos de nosotros también podemos compartir experiencias propias y decir como David: “Tú eres grande, y hacedor de maravillas; sólo tú eres Dios”. Vale la pena reflexionar sobre esos momentos de nuestra vida y anotarlos. Estos nos pueden levantar y animar en tiempos difíciles.

A partir de las experiencias que David ha tenido con su Dios hasta el momento, formula ahora su petición: “Oh Señor, enséñame tu camino, para que yo lo siga fielmente. Haz que mi corazón honre tu nombre” (v.11 Dhh). David tiene un profundo anhelo en su corazón de conocer la voluntad de Dios para su camino hacia adelante. Él pide por un corazón íntegro, un corazón totalmente orientado hacia Dios (comp. Jer. 32:39; Ez. 11:19,20).



Día 11

Salmos 86:11; 26:3

“¡Enséñame, Señor tu camino! Quiero seguirlo con fidelidad hacia ti. Sí, orienta mi corazón hacia lo único: ¡que honre tu nombre!” (El libro*) David expresó estas súplicas en una situación muy angustiante. Perseguido en tiempos inciertos y en caminos peligrosos, se dirigió repetidas veces a Dios. (Lea Sal. 25:3-5a; 27:11; 139:24.) David también era consciente de su propia impotencia y sus fracasos. Conocía los peligros de seguir sus propios caminos. Por eso se toma muy en serio el reconocer los caminos de Dios y seguir sus instrucciones.

Por eso no se dejó seducir por la impiedad en su enfrentamiento con el rey Saúl (1.S. 24:5-8a). Desde un punto de vista humano, habría sido la oportunidad de eliminar definitivamente a su enemigo y ascender al trono real.

La sincera súplica de David es: “Afirma mi corazón para que tema tu nombre”. Dios escuchó ese pedido. Una y otra vez se nos presenta a David como modelo a seguir. Su profunda y firme devoción a Dios lo convirtió a un “hombre según el corazón de Dios” (comp. Hch. 13:22,36; Sal. 37:31).

Con medio corazón, no se puede buscar a Dios, ni amarlo, ni agradecerlo, ni servirlo. Nuestro tiempo necesita más que nunca a personas cuyo deseo más profundo es preguntar por la voluntad de Dios y cumplirla. A veces, nuestro corazón se debate entre dos opciones. Sin embargo, “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” (Mt. 6:24).

Puedo acercarme a Dios con el pedido: Señor, haz que mi corazón esté orientado completamente en ti, para que reconozca tu voluntad. Venceme si te resisto. Quiero actuar según tu voluntad. (Lea Ro. 12:1,2.)

*Traducción de la Biblia por el teólogo y lingüista Roland Werner



Día 12

Salmos 86:11,12; 119:1,2,10,145

David decidió dar gracias a Dios con todo su corazón y honrar su nombre para siempre. Él conoce sus propias debilidades y también sabe lo fácil que es distraerse con mil cosas y pensamientos. Él pide al Señor que fortalezca su corazón, que le honre y le dé las gracias. Un corazón indiviso y centrado en Dios sigue conectado con las fuentes divinas de poder, “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2.Cr. 16:9a; comp. Nm. 14:24; 32:11,12; Jos. 1:7; 14:6-9; 24:14,15).

Queremos dejarnos guiar por el camino de la entrega total a Dios, buscarlo de todo corazón, amarlo, obedecerlo y volver a Él, darle gracias, alabarlos y adorarlo:

- *¡De todo corazón buscar a Dios!* – “Me buscarán y me encontrarán, cuando me busquen de todo corazón. Me dejaré encontrar, afirma el Señor” (Jer. 29:13,14a NVI).

- *¡De todo corazón amarle!* – “Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Dt. 6:5 NVI).

- *¡De todo corazón obedecer y volver a Dios!* – “Cuando tú y tus hijos se vuelvan al Señor tu Dios y le obedezcan con todo el corazón y con toda el alma, tal como hoy te lo ordeno, entonces el Señor tu Dios restaurará tu buena fortuna y se compadecerá de ti” (Dt 30:2,3a NVI; comp. Dt. 30:9,10).

- *¡De todo corazón agradecerlo, alabarlos, adorarlo!* – “Señor mi Dios, con todo el corazón te alabaré”; “Quiero alabarte, Señor, con todo el corazón, y contar todas tus maravillas” (Sal. 86:12a NVI; 9:1 NVI; lea Sal. 111:1; 138:1).



Día 13

Salmo 86: 7-17; Éxodo 15:11-13

“Oh Señor, ninguno hay como tú entre los dioses, ni obras que iguallen tus obras. Todas las naciones que hiciste vendrán y adorarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu nombre”.

¿Qué ayudó a David y a los orantes del Antiguo Testamento a estar tranquilos y confiados en sus grandes angustias y temores? Ellos alababan a Dios como el Único, Incomparable, como el Todopoderoso, que los guardaba y protegía con su mano sobre ellos, y que les defendía contra los ataques de los enemigos.

“Aunque pase yo por grandes angustias, tú me darás vida; contra el furor de mis enemigos extenderás la mano: ¡tu mano derecha me pondrá a salvo!” (Sal. 138:7 NVI; lea Sal. 18:1,2,6; 28:7,8; 118:14-16).

Los salmistas no se libraron del sufrimiento y de duras contradicciones. Tuvieron que atravesar tiempos difíciles y valles oscuros. Sin embargo, se mantuvieron firmes: Dios ve mi aflicción. Y no solo eso, sino que creían: “El día que clamé, me respondiste; me fortaleciste con vigor en mi alma” (Sal. 138:3).

Estos ejemplos quieren motivarnos a buscar el diálogo con Dios en nuestros días difíciles y a menudo desafiantes, a llevarle nuestro agradecimiento y nuestra adoración, pero también expresarle toda nuestra gama de necesidades. Él es el Dios fuerte y todopoderoso, lleno de bondad y misericordia, y nos apoyará con su amor. No estamos solos. Por encima de nosotros está nuestro Dios que nos escucha y actúa.

Los salmistas dan testimonio: “No se olvidó del clamor de los afligidos (Sal. 9:12b). “Este pobre clamó, y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias” (Sal. 34:6). Pobre y abatido por la miseria, David comenzó su oración. Al final puede decir: “Tú, Señor, me has ayudado y consolado”.


